

Frente libertario

Madrid 3 de noviembre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro. Serrano, 111

NUMERO 620

SOLO LA VICTORIA DEL PUEBLO TERMINARA LA GUERRA

Para que se acaben de una vez todas las esperanzas de nuestros enemigos, abiertos o encubiertos, en relación con la posibilidad de un término transaccional de la guerra española, sobre las palabras, enérgicas y decididas que pronunciara el doctor Negrín, hemos de añadir las consideraciones que el mismo título de este artículo sugiere con su sola enunciación.

Basta analizar los antecedentes y el desarrollo mismo de nuestra lucha, para que se comprenda que ésta sólo puede concluir definitivamente con la victoria del pueblo, con la victoria que asegure al pueblo unas condiciones de subsistencia física y espiritual que no tenía antes del alzamiento de julio. Efectivamente, quien mire atrás hacia la historia y el desarrollo de nuestras luchas proletarias, y contemple al mismo tiempo la coyuntura histórica en que se encuentran nuestros trabajadores, comprenderán que éstos, después de todos los dolores, hambres, miserias y persecuciones que sufrieran antes de julio, y después de los sacrificios, penalidades y víctimas que la guerra ha producido en sus filas, no pueden aceptar soluciones intermedias que vendrían a significar, en última instancia, el sometimiento a los mismos yugos que quedarán rotos en las jornadas iniciales de la contienda.

Antes de que estallara el movimiento, sobre el mosaico de paz aparente que reinaba en España, existía un fondo real de contienda a muerte, sin tregua ni cuartel, que encontraba su exponente en la denominación de lucha de clases. La lucha de clases llegó a adquirir caracteres trágicamente trascendentales; en más de una ocasión fué tal su dureza que pudo equipararse a una verdadera guerra; guerra sorda, no declarada, en la cual uno de los contendientes tenía a su alcance todo el apoyo del aparato represivo estatal, y el otro sólo contaba con su esfuerzo personal, heroico, sí, pero aislado, y la solidaridad hondamente sentida, pero escasamente eficaz que pudieran brindarle los camaradas de lucha y de clase que habían llegado a comprender la misión que les incumbía en el más exacto de sus sentidos. El contenido de la lucha de clases en España llegó a adquirir una violencia que quizás no haya logrado en ningún país. Únicamente soluciones brutalmente autoritarias pudieron acallar —superficialmente— esa lucha; la represión adquirió tonos de una brutalidad y de una dureza inusitada; y sólo los camaradas y compañeros de profundas convicciones encontraron en sus mismos ideales fuerza de ánimo suficiente para mantenerse en su postura clasista; pero en todos los sectores, grupos, espiritualidades de nuestro pueblo, subsistía el estado

de guerra. Y ese estado de guerra, potencial, callado, pero cierto, fué el que dió el clarinazo que lanzó a las masas trabajadoras al asalto de los reductos facciosos en las jornadas de julio.

Posteriormente, el transcurso de la guerra ha ahondado más profundamente el abismo que separa al pueblo de sus seculares dominadores. Millares y millares de mártires sacrificados por la furia desatada, por la ambición sin fondo, por el egoísmo sin límites de los que, teniendo todo, aspiraban a tener más todavía, han creado una incompatibilidad absoluta entre los privilegiados y los proletarios. Tanta sangre derramada, tanto dolor, tanto sacrificio, han colocado a nuestro pueblo en la alternativa de continuar la lucha hasta lograr afirmar sus convicciones igualitarias de independencia y de libertad.

Esto no quiere decir, de ninguna manera, que haya que llevar con el máximo rigor las consecuencias de nuestra victoria; puede haber perdón para quien lo merezca, puede haber transigencia, puede haber olvido; pero no puede haber pacto, transigencia, ni componenda, que permita hablar de futuros derechos, de acuerdo pactista, de final burdamente amañado de nuestra lucha.

Esto sólo puede terminar con la victoria del pueblo. Y esto, porque cualquier intento que se haga de terminarla de otra manera, aun viéndose sancionado por el éxito de un apaciguamiento momentáneo, sólo significará, en última instancia, retrasar la solución definitiva de esta. Porque el estado de guerra, que existía antes de comenzar la lucha, continuaría subsistiendo después de haberse firmado una paz en estas condiciones.

Dice un periodista extranjero

Madrid, castillo famoso...
sin haber nacido en ti,
¡qué dentro de ti te llevo!

Habla para mí, nuestro compañero y gran poeta, Antonio Agraz. En este romance del poeta confederal está, en breves y exactas palabras, lo que yo siento al encontrarme otra vez en la capital de España. La verdadera capital de España, que es y será eternamente Madrid, sólo Madrid.

Madrid sigue siendo la capital de España.

¡Madrid! Muchas veces durante estos últimos días me pregunté yo mismo: ¿Será posible que se pueda amar a una ciudad? He aquí la respuesta: "Sí, es posible, si la ciudad se llama MADRID."

Compañeros y lectores: seguramente os parecerán estas líneas algo de "meditaciones de un loco". Pero, no es así. Vosotros, los que vivís día tras día en esta ciudad, quizás no comprendáis el alma de esta misma ciudad. Y, sobre todo, sois españoles y particularmente madrileños; las cosas son, para vosotros, tan naturales, pero para un hombre de un país lejano, esto es algo maravilloso.

Soy periodista. Bien, pero al llegar a Madrid, al vivir junto con el heroico pueblo del corazón de Castilla, España y el Mundo en una vez, me encuentro sin palabras para poder expresarme tal como quisiera. Nunca sentí mi pequeñez y poca capacidad, tanto como cuando me pongo a escribir sobre el Madrid de hoy, el Madrid antifascista, el Madrid luchando y sufriendo, el Madrid único y glorioso.

Recuerdo los meses del año pasado. Pienso en el invierno pasado, durante el cual yo estuve en mi tierra, tan fría y "democrática". Ante público de obreros conté lo que yo había visto en Madrid. No me creían. Bien, al pensar en el ambiente y el carácter del pueblo sueco, comprendo bien que los hechos del pueblo madrileño deben ser cosas increíbles. Compañeros: Os digo que admiro España, el heroico pueblo español. Pero, ama Madrid y sus vecinos, gente sin igual en el mundo.

Recuerdo el año 36, los primeros días de diciembre. Estuve aquí, en Madrid, por unos días. Vi un cartel, diciendo que Madrid no será jamás fascista. Ya hemos visto que Madrid sigue siendo el baluarte más fuerte contra el criminal fascismo. Madrid no será jamás fascista. ¿Por qué? Porque el pueblo madrileño ama la libertad, la cultura, el progreso. Y no solamente ama estas necesidades humanas, sino que las sabe defender contra los invasores, "caballeros de la opresión y esclavitud negra. En las trincheras de Madrid luchan los hombres del trabajo y son los trabajadores de Madrid los que ocupan la primera línea de fuego. Son los trabajadores los que sufren más.

Primero, los trabajadores merecen el homenaje más ferviente. ¡Vivan los heroicos trabajadores de Madrid! Yo conozco un poco la historia de Madrid, especialmente desde los días de julio, 1936. Por eso digo otra vez: ¡Vivan los trabajadores de Madrid!

Ya lo sé, todo el pueblo madrileño merece honor, homenajes y todo. Pero en primer lugar los trabajadores y las mujeres, verdaderas heroínas, anónimas, pero grandísimas.

Reconozco también lo que significa el sacrificio, la lucha, la resistencia que se hacen en Madrid. Lo que significa internacionalmente. Y, de ahí, viene mi pena de no poder escribir artículos que lleven a mis paisanos a la acción.

Cuando me preguntan aquí: ¿De dónde eres? Lo juro, compañeros, que me da

VISADO POR LA CENSURA

vergüenza responde, aunque ese país se le llama democrático, sin embargo es partidario de la no-intervención, aliado de los negociantes de la City de Londres, esa gente desalmada, que negocian con el dolor de un pueblo entero, de todo el mundo y que dejan morir a los españoles, a los verdaderos defensores de la humanidad y la paz, a los auténticos antifascistas en la lucha más terrible, sin darles el derecho de adquirir las armas que necesitan para defender, no solamente la libertad de los españoles, no solamente las conquistas revolucionarias de los trabajadores españoles, sino la libertad de todos los pueblos, la liberación de todos los trabajadores del mundo entero.

Y esa política la ayudan los trabajadores de los países democráticos. Sí, no están conformes es verdad. Pero... no se hacen más que algunos mítines, algunas recolecciones de dinero para material sanitario.

Al llegar a España, últimamente, yo decía a un español en la frontera: "Para cada uno que cae en la lucha, para el hambre que pasa el pueblo español, para todo el dolor que llena el aire sobre la tierra española, los obreros internacionales tienen la mayor parte de la culpa."

Y, al ver al pueblo madrileño de nuevo, este pueblo que no tiene igual, quisiera enviar letras y cartas a los trabajadores de mi tierra. Letras escritas con sangre, cartas llenas del dolor y sufrimiento que pasan los habitantes de Madrid, artículos que hablan eficazmente sobre el heroísmo que se puede ver cada minuto en este Madrid. Todo esto para que se despierten de su letargo los trabajadores del mundo. O es que no se van a despertar antes que suenen los fusiles de las patrullas de fusilamiento? ¿No verán las cosas claramente antes que se construyan los primeros campos de concentración? ¿No irán a la lucha antes que el fascismo haya terminado con el mundo?

Entonces ya será demasiado tarde. Pero ahora, en estos momentos, no deseo otra cosa que ésta: que se despierten, que actúen, siguiendo el ejemplo brillante de sus hermanos españoles. Que tomen como símbolo una ciudad y su heroico pueblo trabajador: MADRID.

R. B.

TRES

libros esperados por
la clase trabajadora

ROMANCES DE "C N T"

por Antonio Agraz

Milicias Confederales

por Eduardo de Guzmán

ANTIFASCISMO

PROLETARIO

por J. García Pradas

Ayuntamiento de Madrid

En el Ebro se quiebran todos los planes vergonzosos

De nuevo los partes oficiales del ministerio de Defensa Nacional obligan a fijar la atención en esa zona del Ebro, a donde la iniciativa de nuestro Mando trasladó el interés más apasionante de la guerra.

Muchos espíritus pusilánimes, a los que el doctor Negrín, haciéndose intérprete del sentir del pueblo, calificó con dureza justiciera, sintieron descaído el ánimo cuando las tropas invasoras llegaron a Vinaroz. Lo consideraron todo perdido en su crisis de desaliento y creyeron que ya nada se podía hacer en defensa de la causa.

Los avances de los facciosos parecían confirmar estos pesimismo, que iban extendiéndose, en perjuicio de la moral combativa. No contaminaron, sin embargo, ni al Gobierno, ni a los soldados que guardaban los frentes, ni a la generalidad de los trabajadores que en la retaguardia contribuían con su esfuerzo diario a mantener erguida la fe en la victoria.

El Gobierno, poseedor de todos los resortes, conocedor de todas las posibilidades, respondió al desaliento de los débiles y a la fe de los animosos preparando la ofensiva audaz que había de hacer cambiar por completo el curso de las operaciones. Y cuando más cercana parecía la caída de Valencia, el Ejército popular lleva a cabo el cruce del Ebro y realiza en pocas horas un avance profundo e impresionante. Desconcertado el enemigo, que también creía agotada nuestra capacidad militar, tuvo que parar en seco la ofensiva sobre Valencia y acudir a toda prisa a evitar el peligro que, de improviso y cuando menos lo esperaba, habíamos creado sobre su retaguardia y uno de los flancos. Aquel avance arrollador del Ejército popular amenazaba con dejar aisladas a las unidades que invadían Levante y dejaba en situación difícil toda la zona aragonesa, hasta Zaragoza. Fué un golpe magistral, que desbarató todos los planes del invasor. Y su desconcierto subió de punto cuando la realidad le hizo comprender que el Ejército que había cruzado el Ebro por ocho puntos distintos sabía mantener a pie firme su conquista.

Dos largos meses llevan los facciosos pretendiendo desalojarnos del terreno que les arrebatamos. Masas imponentes de artillería y de aviación ponen en juego. Columnas y columnas de mercenarios son movilizadas. Y ni la artillería, ni la aviación, ni las masas de guerreros a sueldo, consiguen romper la barrera de nuestros soldados. Y el empeño que pone el enemigo en romperlas es prueba evidente de que le hemos inferido un daño de suma importancia. Cada día que transcurre es una nueva victoria para nosotros. El invasor se estrella en el Ebro y consume millares de hombres y cantidades enormes de material.

Primero la ofensiva, y luego la resistencia, han operado el milagro, porque de tal lo pueden reputar, por un lado, los facciosos, y por otro, los espíritus asustadizos que creyeron que la patria se derrumbaba sobre ellos, de que el Ejército popular se convierte en la más firme esperanza de la España antifascista y el invasor haya perdido sus engañosas ilusiones de dominar al pueblo español. Las operaciones del Ebro están demostrando a unos y a otros, como también a quienes en el Extranjero contaban ya con nuestra flaqueza para hacer posible una nueva trastada como la de Checoslovaquia

en holocausto de la paz europea con que sueñan los Chamberlain y los Daladier, que el pueblo español no agota sus recursos y que en defensa de sus derechos y de su independencia es capaz de dar sorpresas terribles.

Y así se da el caso, que para algunos miopes intelectivos puede ser paradójico, de que a los dos años y medio de guerra, después de la pérdida del Norte y de la caída de Castellón, nunca ha tenido mayor fundamento la seguridad de la victoria final de nuestra causa, como ahora.

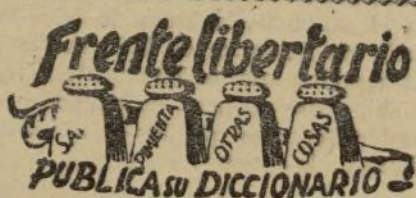
Por eso hemos predicado sin descanso la resistencia. Hay que resistir. Esa es nuestra arma más poderosa. En ella se asienta la clave de nuestro triunfo. Si alguien lo dudaba, las gloriosas jornadas del Ebro lo proclaman, como lo proclamó Madrid en los días inolvidables cuyo segundo aniversario vamos a conmemorar.

También entonces una ola de desaliento sembró la desbandada. También creyeron entonces los espíritus asustadizos que Madrid estaba perdido. Sólo el pueblo no lo creyó y se aprestó a su defensa. Dos años van a cumplirse desde que el arrojo y el denuedo populares dejaron clavados a los invasores en las puertas de la capital de España, a la que contemplan como un bien perdido, cada día más convencidos de que no podrán vencer nuestra resistencia.

Madrid y el Ebro forman el eje en torno del cual ha de girar el desarrollo de la contienda. Madrid y el Ebro, cuando los timoratos de dentro de casa y los pusilánimes de fuera, en confabulación con los mercaderes y los tiburones de fuera forjaban cálculos y contubernios acerca del porvenir de España, proclaman el orgullo de sentirse españoles, de pertenecer a una raza y a un pueblo que no se dejan abatir, que jamás renuncian a su dignidad y que prefieren morir, si es preciso, antes que doblar la cabeza en el yugo.

Más firmes y más resueltos cada día, va cediendo, por virtud de la resistencia admirable y heroica de soldados y trabajadores, nuestro poder militar y aumentando nuestra capacidad de lucha. En cambio, disminuyen en la misma proporción los del enemigo. Porque éste tiene que impedir que la conquista se realice consumir energías y medios en su desatinado afán de conquista. Al conseguimos su desprestigio, su demoralización, su ruina, su desmoronamiento.

¡Ay del que sienta desmayo en el último minuto! Hacemos nuestra esta exclamación del doctor Negrín, porque expresa con exactitud el dramatismo de las horas presentes. El pueblo antifascista no puede sentir ningún desmayo. Madrid y el Ebro son dos potentes faros que alumbran el camino que es forzoso recorrer para llegar al triunfo, que es el triunfo de la justicia y del derecho, que es el triunfo de la libertad.



MANADA. — Ausencia de voluntades.
MANCEBO. — Juventud con olor.
MANCELLAR. — Ofender con latiguello.
MANCHA. — Llanto de la limpieza.

MANDAR. — Lo que todos queremos y pensamos hacer bien. ¡Claro que eso es lo que pensamos!

MANDON. — Narcisismo del poder.

MANDUCATORIA. — Alcahueta del atropello.

MANEJABLE. — Incapacidad de cera.

MANEJARSE. — Navegar por el mar del aprovechamiento.

MANEJO. — Actividad en sombras.

MANGA. — Anchura de tolerancia.

MANGANTE. — Gusano de la desvergüenza.

MANGONEAR. — "Dictadurita" con cara de cemento.

MANIATAR. — Siega de defensas.

MANICOMIO. — Edificio que no se sabe si empieza en la puerta o termina en ella.

MANIFESTACION. — Pulso de opiniones.

MANIOBRA. — Viaje de noche y por atajos.

MANIQUE. — Anzuelo del lucro.

MANO. — La extremidad más susceptible de ensuciarse. La saturación de la suciedad se adquiere con la frase "manos limpias".

MANOSEAR. — Escupir con las manos.

MANSO. — ¡Bienaventurados...!

MANTA. — Caricia de invierno.

MANTECA. — Maquillaje del pan tostado.

MANTEL. — Alfombra de vajillas.

MANTENERSE. — Lo que hacen sin ayuda de nadie, los que tienen aptitud para ello.

MANTILLA. — Cortesías del casticismo.

MANTON. — Seda que abraza.

MANUBRIO. — Música que empuja.

MANZANA. — Precio de venta de mamá Eva.

MANZANILLA. — Alegría en cañas.

MAÑANA. — Fantasma de la espera.

MAÑOSO. — "Varoncito" ideal para las suegras.

MAQUIAVELO. — ¡Bah!... ¡Ahora quisiéramos verlo!

MAQUILLAJE. — Entierro facial.

MAQUINACION. — Infamia, de noche.



**Chamberlain, sin que sur-
giera la palabra "dimisión,
dimisión!", insiste en paci-
ficar Europa, entregándola
al fascismo**

Se ha reunido el Parlamento británico. Chamberlain ha vuelto a repetir que la paz comprada en Munich a costa del decoro británico, de la seguridad de Francia y de la desaparición de un Estado — el checo — sigue siendo una solución pacífica, base para un arreglo del equilibrio europeo y para que las cuatro potencias no tengan que enfrentarse, desencadenando la matanza general. Comovemos por esta repetición capciosa, Chamberlain está dispuesto a seguir sacrificando Austrias y Checoslovaquias con el mismo impudor que lo hizo hasta aquí, riéndose de las oposiciones, de las frases duras, como aquella del artículo de fondo del "News Chronicle": "Un primer ministro británico abyecto".

La paz se compró en Munich al precio subido de exaltar el nazismo germano; la paz se compró en la capital de Baviera a costa de la dignidad y de la respetabilidad de la Gran

Bretaña y de la seguridad de Francia, dando al fascismo italogermano esta victoria gratuita, tan cara para las democracias, nunca tan despreciadas por Hitler y Mussolini como en estos instantes, ya que frente a sus deseos imperiales sólo encuentran...

... porque en esta etapa vergonzosa de la claudicación general todos se pueden tratar de tú...

Chamberlain, el que dijo en la víspera de la entrega criminal de Checoslovaquia, cuando de Godesberg trajo las imposiciones intolerables de Hitler, "que todo había fracasado", demostrando que aún quedaba una solución: echarse a los pies de Hitler en Munich, suscribiendo las inadmisibles pretensiones del (führer) sobre el descuartizamiento de Checoslovaquia, a pesar de la farsa de la mediación de lord Runciman, elevado a lord Cautiller, como premio a esta labor

entrega de un pueblo. Y después de echarse a los pies de Hitler, ahora repite que el acto vergonzoso de Munich fué un acto heroico, puesto que gracias a él hoy el mundo no se ve envuelto en la guerra más espantosa.

Hasta el momento de escribir este comentario no sabemos qué dirá en su intervención Lloyd George; pero nos basta la manera con que se ha pronunciado Attlee,

con Chamberlain como era de esperar.

La dimisión del "premier", nunca tan justificada como en esta ocasión en que el sacrificio de Checoslovaquia sólo ha sido un crimen más, exactamente igual que lo fué el austriaco, con esta consecuencia: el auge del fascismo en la Europa Central y en la Oriental, además del envalentonamiento del fascismo japonés en el ex Celeste Imperio, con grave riesgo de las posesiones inglesas en el Extremo Oriente.

Y como otras veces ocurrió, ahora es otro conservador, Adam, el que pide a la Cámara que no permita al Gobierno comenzar a estrangular al Imperio británico, haciendo concesiones a Alemania. Pero si las oposiciones no adoptaron una actitud propia de la gravedad del momento, el ministro de Comercio, atento a las influencias de la City, se manifestó a gusto de Berlín, diciendo, simplemente, que es necesario que Inglaterra sea económicamente fuerte, y no tiene por qué quejarse de una Alemania que sea la principal potencia económica en la Europa Central, aunque Francia quede asfixiada, que es lo que viene sucediendo, dejándose remolcar el Gobierno francés por los mercaderes de la City.

